

Pensar el comunismo, el socialismo, hoy

Traducción de Ruben Navarro – Correspondencia de Prensa

Somos militantes que publicamos ***A contre courant, Carré Rouge, L'Émancipation sociales*** o vinculados a la revista y a la página web ***À l'Encontre***, de Suiza y hemos decidido unir nuestras fuerzas para llevar adelante un trabajo de carácter teórico y político sobre **la actualidad del comunismo** (o si algunos prefieren, del socialismo, que es su sinónimo en su más fuerte e íntegro sentido). Hemos decidido también estrechar contactos con aquellas y aquellos que persiguen un objetivo análogo, proponiéndoles trabajar juntos o mantener intercambios regulares. En este texto tratamos de explicar lo que nos condujo a tal iniciativa, subrayando las inmensas dificultades que conlleva, y tratamos de esbozar un primer intento de ordenar el terreno.

La comprensión común que nos une es la idea de que **el horizonte decisivo del compromiso político** (que arroja luego luz sobre todas las facetas de la actividad militante) es el de la **emancipación social, sinónimo de emancipación humana**. Tal emancipación la entendemos como **auto-emancipación colectiva** que se basa en la **auto-actividad y en la auto-organización** en todas sus formas y su objetivo es la construcción de una sociedad mundial constituida de pueblos que no conocerán ya la división en clases y que habrán desmantelado o destruido el Estado – el mismo Estado que debieron enfrentar los oprimidos en el siglo XIX, que encontramos bajo formas más terribles aún en el siglo XX, el mismo Estado al que los pueblos deben enfrentarse hoy en condiciones orwellianas, infinitamente agravadas. En esas condiciones, la emancipación del proletariado no puede ser sino una auto-emancipación. En la medida que es “una tarea de los propios trabajadores”, conquistada por ellos, crea en su propio movimiento las condiciones para la emancipación del conjunto de la humanidad.

El objetivo de la emancipación social, así entendida, fue compartido por todas las corrientes que juntas formaron el movimiento obrero en el siglo XIX. Más allá de sus divergencias y luego de sus escisiones, dicho objetivo fue el horizonte común de las y los militantes que unieron sus fuerzas para fundar la Asociación Internacional de Trabajadores (AIT). Luego, siendo unos miembros de la Segunda Internacional, de diferentes grupos libertarios los otros, siguieron persiguiendo ese mismo objetivo, a mantener su mirada fija y a volcar su voluntad hacia el mismo horizonte. Separados por una interpretación antagónica de acontecimientos cruciales, una separación agravada en algunos momentos por enfrentamientos políticos directos severos, algunos de los herederos de las dos corrientes han intentado repetidamente, a partir de los fundamentos compartidos de su compromiso, construir la base de un trabajo político común, en particular en los sindicatos.

Hoy, la concepción de la emancipación social que constituye el horizonte del compromiso político, ha retrocedido dramáticamente allí en el medio en el que nació y que la hizo suya durante largo tiempo: en el movimiento obrero. Se mantiene subyacente en el compromiso de muchos de los participantes en los Foros Sociales Mundiales que vienen de países en los cuales los campesinos y los oprimidos se han organizado dentro de sindicatos obreros o paralelos a ellos. Pero las aspiraciones a fijarse, en ese marco, la emancipación social como horizonte se han visto marginalizadas y frustradas. El lenguaje del “realismo”, o sea de la

adaptación al capitalismo, ha prevalecido. En los países capitalistas imperialistas el objetivo de la emancipación social se mantiene inscrito en el programa político de ciertas organizaciones, de ciertos grupos políticos o de ciertos colectivos que pertenecen a las corrientes fundamentales del pensamiento emancipador. Pero de manera formal y hueca. Ahora bien, ni la emancipación social ni el comunismo como objetivo último del compromiso pueden ser momificados o acaparados por vanguardias autoproclamadas. **Es necesario darles vida, alimentarlos permanentemente, en un proceso de interacción con las expresiones de la auto-actividad de los explotados, que se renuevan siempre; esta auto-actividad modifica las condiciones del combate, cambiando también a los seres humanos.**

Actualmente existe una necesidad imperiosa de demostrar la pertinencia de esos objetivos y de reformularlos. La experiencia histórica de las tentativas concretas llamadas de transición al socialismo debe ser analizada a fondo (el análisis ha sido apenas esbozado). Por ser herederos, lejanos pero herederos al fin, de los que debieron afrontar la represión estalinista, los pelotones de ejecución y el Gulag, podemos apreciar plenamente esta imperiosa necesidad. Pero esta exigencia concierne tanto el presente como el futuro. Este trabajo es impuesto por los nuevos desafíos (subestimados y / o no analizados hasta ahora por las fuerzas revolucionarias) que lanza a la humanidad el régimen de propiedad privada de los medios de producción y la acumulación de los ganancias. Sin ser pensadas en términos actuales, la idea de la emancipación social y la perspectiva del comunismo se transforman en posiciones del orden de las convicciones privadas, o incluso en una creencia expresada por los militantes en la intimidad de pequeños círculos y no en la esfera política pública.

En momentos en que el siglo XXI comienza de manera dramática, donde algunos de sus rasgos catastróficos mayores pueden identificarse con un elevado grado de certeza, queremos participar, junto a todas y todos aquellos cuyo compromiso político se funda sobre esta base en un esfuerzo colectivo para (re)pensar el comunismo hoy y mostrar su actualidad y su necesidad. Tal objetivo merece que pongamos entre paréntesis (o que aceptemos, por lo menos, que pasen a un segundo plano) las divergencias que puedan existir entre aquellas y aquellos que quieren asociarse a esta tarea, para llevarla adelante sin pretensiones pero con la conciencia de las necesidades que impone la situación.

La actividad militante cotidiana, concreta, que cada cual desarrolla no puede sino enriquecer, los intercambios y las elaboraciones. Sin embargo, es urgente dedicar una parte de su tiempo y de su energía a esta tarea político-teórica de manera tal de volver a dar a quienes militan desde hace años, la perspectiva indispensable del comunismo y, sobre todo, poder transmitirla a las nuevas generaciones. Las luchas "cotidianas", a partir del momento en que comienzan a adquirir cierta importancia (y vaya si tienden a adquirirla hoy) conllevan una aspiración a "otra sociedad", a un "más allá" del sistema capitalista tendiendo, de manera más o menos consciente, "un puente" hacia esa otra sociedad. No trabajar en la definición del punto hacia el que debe ser tendido ese "puente" es amputarlas, probablemente desarmarlas.

Las formas actuales de la alternativa "Socialismo o Barbarie"

La alternativa "socialismo o barbarie" fue formulada hace casi un siglo. El grito de alarma lanzado por Rosa Luxemburgo y otros revolucionarios traducía una modificación radical del sentido del combate por la emancipación social, que se transformaba en un combate para oponerse a terribles peligros así como para materializar las potencialidades de progreso en la historia. La "construcción del

socialismo" y la imagen de una "humanidad que avanza hacia el progreso", forjada por el estalinismo y sus subproductos, impidieron que este grito de alarma fuera comprendido plenamente. Otros se esforzaron en disociar la comprensión de Auschwitz de la historia del capitalismo y de sus convulsiones. Otros se dedicaron a tratar de convencernos de que la superioridad militar y nuclear de los Estados Unidos constituía la garantía de la "libertad" y de la "democracia". Por nuestra parte, debemos devolverle todo su sentido a ese grito de "socialismo o barbarie", hoy más que nunca fundado, cuando después de décadas de crisis crónica de la economía y de la sociedad capitalista a escala internacional, las amenazas se aceleran y se diversifican.

El capital ha logrado crear las condiciones de una terrible competencia, entre países sí, pero también en el seno de cada economía nacional, entre los proletarios de un mismo país, por "el trabajo", por la venta de su fuerza de trabajo. Esta competencia es el vector de una verdadera pandemia mortífera que se abate sobre los proletarios, sobre "el mundo del trabajo", como lo han llamado, y que se extiende a todos aquellos que son golpeados por la pauperización y la desafiliación social, para satisfacer la sed inagotable de valorización sin límites del capital. **"La unión de los trabajadores", en todos los niveles, es lo que está en juego, es el eje central de la actividad militante.** Sólo la unidad podrá hacer retroceder el peligro para encontrar, luego, soluciones más duraderas; y podemos pensar que esta unidad podría ser construida a partir de la convergencia en la auto-actividad que los desposeídos y los explotados despliegan en cada uno de sus respectivos países, en realidad, a menudo, en sus respectivos pueblos, ciudades, barrios o regiones.

El abismo entre las cumbres de las clases propietarias y dominantes, así como entre las "elites políticas" que ellas producen, y la mayoría de la población se ha hecho inconmensurable. El parasitismo del capital financiero encuentra una de sus expresiones en las formas y los contenidos de la hiperprivatización, en vías de extensión acelerada, de la riqueza producida por el trabajo, pero también de los recursos naturales de todo tipo. Las nuevas configuraciones de la ciudad ("sectorización", segregación espacial, fenómenos de "entre sí", constitución de guetos reservados a diferentes estratos de población) son una manifestación de ello. Este abismo se acompaña de una especie de verdadera negación de la mayoría de la población del planeta con, literalmente, el olvido de poblaciones enteras (las de África, por ejemplo). La separación de los campesinos productores del derecho que han tenido hasta ahora a utilizar sus propias semillas para una nueva cosecha, a través de los organismos genéticamente modificados (OGM) y de la propiedad de las patentes, es emblemático del contenido práctico, existencial, de la separación de los productores de sus medios de producción y de vida; es la característica de mecanismos económicos visibles a través de su personal, situados absolutamente por fuera de las condiciones de vida de gente que es a penas reconocida como habitantes del planeta.

En ese contexto debemos situar la decadencia del Estado burgués en numerosos países, (incluidos los de la periferia) y la pérdida de credibilidad y de legitimidad de las instituciones llamadas democráticas en los países imperialistas. El rápido surgimiento de todo un sector del derecho internacional administrado de manera privada por las grandes firmas (el arbitraje) nos remite a "las reglas de la gobernanza" propuestas como modo de gestión de los órganos estatales o proto-estatales.

El problema ecológico: qué está en juego

El horizonte de la humanidad en el siglo XXI es el de una crisis ecológica mundial de una gravedad excepcional. Los observadores serios prevén que será un factor de acentuación del militarismo y de agravación de las amenazas, que podrían ir hasta el uso de un arma nuclear manejable (miniaturizada, llamada "táctica"). La voluntad de perpetuar la hegemonía planetaria del capital financiero lleva ya a quienes se consideran los herederos de la civilización (forjada de manera contradictoria bajo la dominación de la burguesía) a un comportamiento brutalmente destructor con respecto a las fuerzas humanas y a los recursos socio-naturales que, a su manera, esta civilización había moldeado históricamente. A tal punto que la alternativa en el siglo XXI bien podría dejar de ser entre "socialismo o barbarie" para pasar a ser entre "comunismo" y formas inéditas de "aniquilamiento social".

En cuanto el problema ecológico comienza a ser abordado como un problema planetario ya no puede dissociarse de la dimensión social. Detrás de los términos "ecología" y "medio ambiente" debe verse nada menos que el cuestionamiento, en un futuro cada vez más cercano, de la perennidad de las condiciones de reproducción social de ciertas clases o grupos sociales, de ciertos pueblos, en incluso de países enteros. La humanidad ocupa un espacio planetario dotado de un ecosistema frágil, cuya existencia no merecía mayores preocupaciones. La visión de "las relaciones entre el hombre y la naturaleza" del Renacimiento y de las Luces, heroica aunque ambigua, dejó pronto paso a otra perfectamente utilitaria moldeada por el positivismo burgués del siglo XIX en la que el hombre, o sea el capitalista, puede explotar el planeta a su antojo. Esta manera de ver contó después con el refuerzo de la política y la ideología estalino-cientista (régimen que se deshizo pura y simplemente de los teóricos más avezados en esta materia). El tema de "las relaciones con la naturaleza" no fue tampoco abordado por el pensamiento revolucionario, que no le dedicó una crítica política y social tan acerada como la reservada a la explotación del proletariado o a la opresión de las dominadas y dominados. La indiferencia total con respecto a los problemas vinculados al ecosistema planetario fue compartida tanto por los gestores del capital financiero como por los "planificadores" del "socialismo real", preocupados sólo por las exigencias de un desarrollo que sirviera de sostén al poder de las capas sociales burocráticas, a su dominación y a la explotación de los trabajadores.

Los científicos lanzaron el alerta sobre las emisiones de gas de efecto de invernadero, en particular el CO₂, y el cambio climático hace casi veinte años (en los 90). En vano. La anarquía¹ de la producción capitalista; el hecho que la realización de la ganancia implique la necesidad de vender, y entonces de derrochar los recursos sin freno alguno; la necesidad de valorizar el capital invertido en las industrias que constituyen los pilares de la Bolsa, de hacer ingresar a la China y a la India, después a América Latina y al Sureste asiático en la "civilización del automóvil" y de una urbanización que discrimina y devasta cada

¹ Hay que insistir sobre la anarquía como uno de los rasgos principales de este sistema: consecuencia de la sacrosanta propiedad privada, de la búsqueda de valorización del capital, la anarquía surge de la absoluta libertad del capitalista de invertir el capital donde él lo desea, donde su valorización puede ser más interesante. En ese sentido, la propiedad privada es absolutamente antinómica a toda planificación, y por ende a toda planificación democrática, es decir, fundada en la satisfacción de las necesidades sentidas y enunciadas por los pueblos. Pero, también en ese sentido, haríamos mal en soñar con una gestión « armoniosa » de los recursos naturales dejándoles el control a los capitalistas, sin retirarles la libertad de destruir todas las otras libertades. Es aquí que aparece claramente que la lucha por la salvaguardia de la naturaleza es inseparable de la lucha por la emancipación social.

vez más (cualesquiera que sean los efectos sobre el conjunto del territorio), todo ello ha creado una situación marcada por una pérdida de control cada vez más total por parte de los gobiernos. En muchos casos se trata de las consecuencias directas de una política conducida abiertamente en nombre de la reproducción de la dominación mundial del capital financiero. El ritmo de la destrucción del equilibrio y de los recursos necesarios a la vida se acelera. En África oriental y en la América andina, el calentamiento climático y la crisis del agua han comenzado a mezclarse sin separación posible y los estudios prevén que los más indefensos serán los primeros afectados.

La toma de conciencia y la resistencia política y social frente a los graves atropellos cometidos de manera conjunta contra las y los explotados y la naturaleza han sido tardías e insuficientes dentro de las corrientes que se reivindican del socialismo revolucionario. Ya no es posible mantenerse alejado ni temer el planteo de tales problemas. **La idea de comunismo y de su necesidad debe ser pensada de manera tal que respondan a estas interrogantes.** Antes de que sea demasiado tarde, el planeta debe ser concebido como otro de los componentes de "la casa común de la humanidad". Si la primera tarea es la de lograr que el espacio mundial deje de ser un infierno para los tres cuartos de sus habitantes, en el que éstos ven su propia existencia amenazada por las destrucciones ecológicas provocadas por modos de producción y de consumo que tienen como fundamento la propiedad privada y el individualismo de la mercancía-fetiché, **¿qué pasos, qué medidas pueden dar una respuesta?** Teniendo en cuenta que será necesario que las y los trabajadores en las diversas luchas de resistencia e, incluso, en los contraataques sobre la propiedad y los recursos de sus propios países (Ecuador, Bolivia, Perú, etc.) impongan por su auto-actividad las reglas y las medidas adecuadas y que las pongan en práctica ellos mismo o que las controlen estrechamente.

La competencia entre trabajadores desencadenada por el capitalismo mundializado

En todos los países, sin excepción, los "proletarios", en el sentido que Marx le daba a este término (los que están obligados a vender su fuerza de trabajo, a "encontrar un empleo" para vivir y para que sus hijos puedan vivir), soportan los efectos cada vez más brutales de un proceso político de liberalización y de desreglamentación de las inversiones directas, de las transacciones comerciales y de los flujos financieros, una liberalización y una desreglamentación impuestas en todas partes del mundo, a una escala sin precedentes. Los asalariados de los países cuyo régimen de jubilación es el de capitalización (Chile, Argentina, Estados Unidos, Reino Unido, por ejemplo) no escapan al menoscabo de sus condiciones de existencia. En esos países, el capital no sólo no manifiesta ningún reconocimiento hacia aquellos cuyo "ahorro salarial" alimenta los mercados bursátiles sino que el ataque a sus condiciones de vida es a menudo todavía más brutal.

El proceso de liberalización y de privatización está aún sin terminar, según quienes lo impulsan y sacan de él su riqueza así como su poder. Sin embargo, vaya si ha avanzado; su consecuencia más reciente y dramática es la de permitir al capital la organización, a escala continental o subcontinental, de la competencia directa de los asalariados, de los proletarios que venden su fuerza de trabajo y que producen la plusvalía. Tal es el caso, ya, del conjunto europeo, donde la UE (Unión Europea) es el centro, pero que se extiende hacia el Este y hacia el Mediterráneo. Es también el caso de América al norte del canal de Panamá, de América Central y del Sur. En el caso de los países de Asia, hacia los cuales viene siendo transferida una parte creciente de las capacidades industriales mundiales, el capital pone a competir a los trabajadores entre sí al tiempo que los utiliza como arma contra los

niveles de salario y las condiciones de trabajo en casi todo el resto del mundo. Los medios utilizados para esta competencia forzada son la deslocalización y la producción a través de inversión directa pero también las múltiples y sofisticadas formas de subcontratación en los países en los que los salarios son más bajos y la protección social más débil.

La competencia directa, a escala planetaria, de trabajadores que viven relaciones sociales desiguales frente al capital y al Estado ha sido beneficiada por la "reintegración" en el mercado mundial de los países del ex "bloque soviético" y de aquellos que formaban parte de la URSS. Esta competencia directa ha dado un salto cualitativo desde el pasaje de la elite burocrático-capitalista de la China al capitalismo mundializado y con el ingreso de la China a la Organización Mundial del Comercio (OMC). El desarrollo de las tecnologías de la información y de la comunicación ha sido orientado deliberadamente por los grupos industriales, ayudados por los gobiernos de mayor peso, y ha brindado al capital las condiciones técnicas de una optimización de la productividad y de la ganancia sobre la base de la dispersión, de la flexibilización y de la mayor precariedad de los trabajadores. A medida que estos últimos ven debilitarse sus posiciones en la lucha de clases, el capital aumenta las posibilidades de ocultar el carácter social de la producción, de dislocar los colectivos de trabajo que el propio capital contribuyó a formar en la fase anterior del capitalismo y de acrecentar la tasa de explotación. El aumento del tiempo de trabajo y el desgaste físico y psíquico acentuado de la fuerza de trabajo (al punto de ser una de las preocupaciones explícitas de organismos paritarios como la Organización Internacional del Trabajo (OIT) son dos expresiones de una sobreexplotación que combina los elementos del siglo XIX y del siglo XXI.

La selección de los inmigrantes y los estatutos jurídicos especiales a los que son sometidos (inmigración "escogida"), a lo cual debe agregarse la "inmigración clandestina" vigilada por la policía, extraordinariamente benéfica por los patrones, son otro instrumento para la voluntad de alinear progresivamente los salarios y los niveles de protección social de las y los trabajadores, que siguen siendo empleados en los países de origen de las inversiones y de las órdenes de subcontratación a niveles cada vez más bajos de salario y de protección. Los centenares de cadáveres que flotan en el Mediterráneo o que cubren la frontera entre México y los EEUU simbolizan y materializan la barbarie de un mercado de trabajo mundializado, estructurado por las leyes del desarrollo desigual y combinado propias al imperialismo del siglo XXI. Enunciar la consigna "proletarios de todos los países, uníos" en las condiciones actuales, significa empezar por encontrar palabras que sean entendidas por las y los trabajadores amenazados por el desempleo y la precariedad, de manera tal que el trabajador "extranjero" no sea visto como un competidor, cuando no como un enemigo.

"El capitalismo lleva en sí la guerra como los nubarrones llevan la tormenta"

El problema de la guerra, tema central de la alternativa "socialismo o barbarie", hace cien años, y que fue efectivamente una de las expresiones mayores de la barbarie a lo largo del siglo XX, sigue siendo tan actual como en el momento en que Jean Jaurès pronunció esta frase. Su resonancia en el seno de la juventud y de las trabajadoras y los trabajadores es innegable. Las manifestaciones del 15 de febrero de 2003 contra la invasión de Irak por los EEUU, el Reino Unido y sus aliados, fueron el momento cumbre del movimiento antimundialista y altermundialista nacido en el Foro Social de 2001, siguiendo el rumbo de Seattle, en 1999). El trabajo de volver a pensar el comunismo a comienzos del siglo XXI

supone entonces un trabajo específico, que no podrá hacer como si el problema de la guerra estuviera ya solucionado.

Este problema se manifiesta hoy principalmente en relación con la necesidad imperialista de controlar las materias primas, la energía, el agua, las tierras fértiles y las "reservas" potencialmente utilizables por la biogenética. La comprensión de sus relaciones con la competencia interimperialista, que nace del funcionamiento del capitalismo como tal, ha retrocedido. La necesidad de detener la tendencia a la baja de la tasa de ganancia, que se vuelve más imperiosa a causa de la dominación del capital especulador, ha llevado al capital estadounidense (así como al europeo y al japonés) a permitir que la elite burocrático-capitalista opere la actual transformación capitalista de la China en un lapso de diez años, mientras que habrían sido necesarias varias décadas para hacerla por sí sola, incluso con la ayuda de la diáspora y de Taiwan. Al preparar un rival poderoso para la competencia, el capital estadounidense ha vuelto a crear las condiciones para un conflicto interimperialista clásico.

La carrera por el armamento nuclear (con, por ejemplo, el esfuerzo puesto en la miniaturización de las bombas) ha sido lanzada de nuevo, así como la proliferación nuclear. A pesar del recuerdo de Hiroshima y de Nagasaki, la burguesía japonesa va a tratar, seguramente, de transformarse en una potencia nuclear. Los levantamientos que podrían resultar de los atropellos ecológicos masivos a las condiciones de reproducción de pueblos enteros, podrán provocar el recurso a la guerra por parte de los Estados comprometidos en la preservación del orden social y político mundial actual, basado en la propiedad privada de los medios de producción. No dudarán en hacerlo. A eso hay que agregar la utilización cada vez más sistemática del control y de la represión permanente de las y los explotados y dominados.

Últimamente, otro aspecto terrible de la barbarie se expresa en el proceso de "privatización", de "subcontratación" de la guerra y de la violencia, en la extensión y en la banalización de la tortura. Allí donde la historia ha legado resentimientos y odios (esos que son calificados de "ancestrales"), el peso de las punciones económicas hacia el extranjero, la constitución de enclaves mineros o petroleros estrechamente vigilados, así como la dislocación de las cohesiones antiguas pueden conducir a los pueblos explotados a trasladar sobre aquellos que, más débiles, más pequeños que ellos, les son designados como "diferentes", las frustraciones, las injusticias y los odios cuyas verdaderas causas no comprenden (causas que les son cuidadosamente ocultadas). Tal es el caldo de cultivo de la violencia en África. Sus gérmenes pueden existir de manera endógena en estado larvario, pero "gracias" a la mundialización del capital y a causa de las formas que esta mundialización adopta, la violencia estalla.

La emancipación de la mujer, dimensión central de la emancipación social

Desde tiempos ancestrales, un estatuto de inferioridad –presentado como natural– fue impuesto a las mujeres. Esto fue acompañado de diversas formas de rebaja social, de violencias, de marginalización de las estructuras de "poder". Un trabajo de manipulación de la conciencia social ha venido y sigue haciéndose con el objetivo de evitar todo intento por combatir los privilegios masculinos. De manera más o menos sutil, la obediencia y el consenso se construyen y se renuevan, se vuelven a inventar.

La mundialización capitalista implica una conservación renovada y reformada, funcional a las exigencias de valorización del capital, de las formas arcaicas y modernas de opresión y de explotación de la amplia mayoría de las mujeres. Hoy, la mayoría de la población femenina mundial conoce las condiciones de vida de la

explotación y la extrema pobreza; del encierro en las fábricas que proveen los bienes de consumo para los países centrales; violencias cotidianas, estatutos de inmigrantes expropiadas de todo y condiciones, para un parte de ellas, de semiesclavitud o de esclavitud, sobre todo bajo forma de prostitución. La urgencia de una emancipación, a la vez de la dominación patriarcal y de clase, es proporcional a las dificultades que debe enfrentar. Una emancipación individual y colectiva que vaya en el sentido de una oposición a las diferentes formas de dominación y de opresión se inscribe en el compromiso por el derecho universal de los seres humanos a la libertad.

Actualmente, las mujeres se incorporan masivamente al trabajo. Lo hacen con el doble estatuto de asalariadas y de participantes en la reproducción de la fuerza de trabajo, en una esfera privada, establecida por la evolución del sistema capitalista y dentro de la cual el hombre dispone de una posición dominante. El tiempo de trabajo asalariado de las mujeres se articula con el tiempo necesario para el cuidado de las personas (hijos, marido, familia más amplia, según los países). El trabajo doméstico es el doble del trabajo asalariado; en él reside la captación del conjunto del tiempo de trabajo de las mujeres. Hoy, en los países capitalistas más antiguos, en los que ciertos progresos habían logrado atenuar esta dependencia, el agravamiento de las condiciones es concomitante con la de las instituciones cuya existencia se ve amenazada o que no se desarrollan de acuerdo con la evolución de las necesidades elementales (guarderías, jardines de infantes, etc.). En efecto, el ataque contra el salario social es uno de los elementos centrales del movimiento de restauración conservadora, social económica e individual (derecho al aborto cuestionado, degradación del reconocimiento social de diferentes profesiones, estatuto desvalorizado material y simbólicamente de las llamadas profesiones de servicio a la persona, etc.).

A escala planetaria, las luchas de las mujeres en sus múltiples formas, no sólo participan en el proceso de auto-actividad que tiende hacia la auto-emancipación colectiva, sino que son un componente central del mismo. Las desigualdades y la opresión no existen, sino sólo unas junta a otras. Estas luchas traducen en la realidad concreta el funcionamiento de un modo de producción – el capitalista – que produce miseria y opresión para reproducirse. Quienes dominan buscarán la manera de presentar las desigualdades, las injusticias y las opresiones como múltiples e infinitamente divisibles; lo que constituye una de las formas de apuntalar su poder. En ese sentido, los diferentes movimientos de lucha y de emancipación de las mujeres, concurren, en el sentido más estricto del término, a las batallas por la supervivencia de una parte de la humanidad. Tales acciones forman parte enteramente de un movimiento más amplio de explotadas y explotados, oprimidas y oprimidos, contra la barbarie, por el socialismo que vendrá.

Hacer frente a los desafíos teóricos y políticos contemporáneos

A partir de nuestra convicción de que en las condiciones actuales de relación de fuerzas entre las clases, que se han degradado en su conjunto bajo los efectos de la ofensiva multidimensional del capital, una estrategia que tienda sólo a mantener lo existente (las conquistas anteriores, en suma) no basta. La estrategia puramente defensiva que es la adoptada, en el mejor de los casos, por lo que queda del movimiento obrero, está destinada al fracaso. Las movilizaciones que tratan de limitar los atropellos al nivel de vida, al empleo, a las jubilaciones, se encuentran frente a frente con los medios de los que los capitalistas y sus gobiernos disponen, sobre todo el relativo a la competencia organizada entre trabajadoras y trabajadores de países diferentes. Su fracaso puede llevar incluso a una mayor subordinación a las necesidades del capital, de las instituciones

presentadas a menudo como neutras: la propiedad, la moneda, la ley, el Estado... Además, "el mejor de los casos" es la excepción. Los aparatos sindicales están convencidos de la irreversibilidad de la mundialización liberal. A partir de ahí, no pueden sino tirar hacia atrás, cuando no deliberadamente combatir la construcción de un movimiento de conjunto de oposición al capital.

El primer paso que adoptan en ese sentido es el de aislar las luchas, dondequiera que éstas estallen. Una de las consecuencias de tal orientación puede ser el incremento entre los trabajadores del binomio cólera y desilusión (que las fuerzas conservadoras y el capital utilizan y utilizarán cada vez que puedan hacerlo). Esta doble reacción no es el producto de simples factores ideológicos "objetivos"; sino que nace en gran parte del rechazo por parte de los aparatos sindicales de entrar en conflicto abierto con las clases dominantes y sus representaciones políticas directas, y por consiguiente de participar en la batalla social, económica, cultural, que permitiría a las y los trabajadores identificar otro futuro para ellas y ellos y sus hijas e hijos, una necesidad que se hace cada vez más patente. Un nuevo neocorporativismo se dibuja cada vez con más claridad y se materializa sobre todo en las negociaciones bipartitas entre los "actores sociales", o "tripartitas", con la participación del gobierno y del Estado, e incluso las modalidades de negociación por empresa. Esta orientación se desarrolla con el telón de fondo de una gestión capitalista cuyo objetivo es el de "desintegrar" los colectivos de trabajadoras y trabajadores (flexibilidad, escalafón basado en el mérito, adaptabilidad).

Sólo los revolucionarios pueden contribuir a ayudar a las trabajadoras y trabajadores y, en general, a las explotadas y explotados, a vencer la debilidad o la impotencia de sus reacciones frente a la ofensiva general desplegada contra ellas y ellos por los capitalistas y los gobiernos. Cuando ni los partidos que pretenden representarlos ni los aparatos sindicales ayudan a los trabajadores a aprehender la naturaleza y los resortes "del estado actual de la situación", los anticapitalistas deben hacerlo. Pues la ausencia de un proyecto político de conjunto que ofrezca una alternativa coherente y creíble al capitalismo, conduce a la parálisis.

Cuando la violencia de las relaciones sociales se acentúa, la (re)construcción de una identidad de clase se vuelve posible; ésta podría y puede articularse en torno a las desigualdades evidentes, a la explotación, adquiriendo cuerpo en las luchas y en la auto-actividad de los productores de la riqueza social. Es cierto que el aumento cuantitativo de las asalariadas y asalariados a escala mundial no implica, automáticamente, una capacidad subversiva inherente y un proyecto de cambio radical. Pero no faltan ejemplos para poner de relieve el hecho de que en los momentos de movilizaciones de cierta amplitud y de combates con la impronta de la acción directa de los trabajadores, asistimos al surgimiento de dinámicas centrípetas, unitarias, que barren con las múltiples diferenciaciones de los estatutos creados por los gerentes de "recursos humanos" en el seno del proletariado. Esas dinámicas unificadoras se ven reforzadas cuando se apoyan en la autoorganización democrática y cuando las fuerza sociales y políticas nutren las relaciones entre movimientos espontáneos o semiespontáneos y contribuyen a la emergencia de una conciencia acorde con los obstáculos y objetivos que se plantean en la lucha. Y eso con más razón cuando el recuerdo histórico de los enfrentamientos de clase en un país -o en una región más vasta- favorece la recuperación de la memoria en el presente. La constitución de los trabajadores en una clase en construcción se ve entonces facilitada; se transforman en proletariado en lucha, asumiendo su potencial conflictivo así como su fuerza de vector de cambio radical de la sociedad. El punto de partida de una orientación alternativa debe enraizarse en el refuerzo de la capacidad de "marchar juntos" que poseen las y los trabajadores. Esta capacidad se basa en la realidad del carácter social del trabajo y puede socavar la forma fetiche que adoptan en lo cotidiano las relaciones sociales.

La socialdemocracia, los partidos que pretenden representar a los trabajadores, explotan políticamente, prácticamente de la misma manera que la burguesía, el resultado de las luchas llevadas adelante en nombre del comunismo en el siglo XX y de los crímenes cometidos en su nombre. Repiten que "el capitalismo ha ganado" y que la única vía que queda es la de "la mejor adaptación posible". La propiedad privada de los medios de producción podría ser eventualmente reformada, pero de ninguna manera abolida. Como resultado de su triste papel en la historia del estalinismo de Estado (URSS) en la génesis de las relaciones políticas actuales (basta pensar en el papel del Partido Comunista Francés en 1968, del Partido Comunista Italiano en 1969-1970, del Partido Comunista de España en la restauración de la monarquía en el Estado español), lo que queda de los partidos comunistas sigue el camino de la socialdemocracia. Unos serán partidos socialdemócratas modernizados (Italia), otros harán de su alianza con la socialdemocracia un elemento clave de su supervivencia (Francia). Cuando se producen "rupturas" en esos partidos, que han conservado un elemento de continuidad con su pasado estalinista, el resultado es una evolución rápida hacia el reformismo, llamado antes "eurocomunismo" (Partido de la Refundación Comunista en Italia). Sus militantes siguen aferrados a la idea, más o menos nostálgica, a veces reflatada, del comunismo. Pero de esos partidos no podemos esperar la reconstrucción de una alternativa guiada por la idea de que el comunismo es una opción actual y concebible, viva. Nunca hay que olvidar, además, que más allá de su importante evolución sociopolítica de los últimos años, los partidos socialdemócratas y los llamados partidos comunistas han tenido siempre en común, históricamente, una estrategia centrada en el Estado y no en la auto-actividad de los trabajadores y sus aliados.

Desde fines de los años noventa, los movimientos antimundialistas o altermundialistas han buscado cómo abordar los problemas a los que se enfrentan los explotados, cuya extrema importancia conocen aquellos que se interesan en la civilización humana como tal. Estos movimientos han proporcionado un marco en el cual los militantes han podido trabajar sobre los problemas ignorados o rechazados por los partidos políticos que se reclaman de la clase trabajadora así como por los aparatos sindicales. A menudo, basándose en sus posiciones institucionales y en la disposición de medios materiales más importantes que otras corrientes, el antineoliberalismo ha podido fijar los límites de ese debate, de manera tal que el trabajo político teórico, tal como ha podido desarrollarse y formularse a lo largo de la última década, incluso dentro de los Foros Sociales, por más útil que sea, sigue siendo claramente insuficiente frente a los desafíos planteados y a la naturaleza social de los problemas. En el mejor de los casos, el antineoliberalismo se transformará (y ya lo ha hecho, en parte) en vector de un nuevo reformismo de carácter clásicamente socialdemócrata y con su consiguiente impotencia. En el peor de los casos podrá debilitar la resistencia de las y los oprimidos, aportando su cuota de ilusiones. En una palabra, no basta con declarar que "el mundo no es una mercancía" y con protestar contra el futuro-mercancía del mundo, ni contra el mundo-transformándose de la mercancía. Falta aún designarla y entablar la batalla contra las relaciones de producción que operan esta transformación universal de todo en mercancía. Ahora bien, no son sino las relaciones de producción capitalistas, hoy mundializadas. Esta apreciación, con los debates, intercambios y diferenciaciones consiguientes, se va abriendo paso dentro de espacios que pueden comprender el Foro Social Mundial y otros ámbitos. Algunas corrientes comienzan a fijarse el objetivo de ir más allá de los límites del antineoliberalismo hegemónico, sin caer en arcaísmos estereotipados.

Diversos grupos militantes piensan que el hecho de tener una respuesta a la degeneración de la revolución rusa –considerada como clave en todas las derrotas y degeneraciones que siguieron – puede absolverlos de pensar la actualidad del comunismo. El programa de la revolución rusa seguiría intacto, o necesitaría en todo caso algunos retoques de menor importancia. Con este trabajo esperamos

convencerlos de que no es posible hacer como si la idea del comunismo (o del socialismo, en el pleno sentido del término, cuando es su sinónimo) saliera indemne de la historia del siglo XX. De la misma manera, tampoco debe cultivarse la ilusión de que la evolución del mundo bajo el control completo del capital financiero desde hace varias décadas, no exigiría que la necesidad del comunismo y su contenido sean pensados meticulosamente en las condiciones contemporáneas.

El interés que le otorgamos a la auto-actividad de la clase trabajadora, de las y los explotados y de la juventud nos lleva a alejarnos del "sustitucionismo". Éste afecta, en grados diversos, tanto a los pequeños grupos políticos como a las más grandes organizaciones anticapitalistas que se reivindican del marxismo. A menudo coexisten en estas organizaciones un cierto reconocimiento de la necesidad de un trabajo de carácter programático, sobre, por lo menos, una parte de lo que acabamos de mencionar, y una fuga hacia adelante, dentro de un pragmatismo y un activismo que les hacen correr el riesgo de ser el vagón de cola de los partidos socialdemócratas o de los vestigios de los partidos formados por el estalinismo y, a veces, detrás de los aparatos sindicales. Nuestro deseo es el de convencer a los militantes que entienden la naturaleza de su proyecto y su necesidad, de participar en él. Por nuestra parte, estaremos atentos a todo reagrupamiento que trabaje en la misma dirección.

Pensar el comunismo hoy: el campo de trabajo

Los golpes brutales que el capital asesta, día tras día, contra la amplia mayoría de la clase trabajadora, contra las capas urbanas llamadas "marginales" y contra las masas campesinas en el mundo entero, así como lo radical del proyecto económico neoliberal y, desde un punto de vista socio político, neoconservador, traducen una ofensiva sin precedentes en las últimas décadas. El capital pretende barrer con la mayor parte de las conquistas del movimiento obrero y de las otras fuerzas sociales organizadas. Impone un "cambio de época", provoca un "sacudón" sentido, es cierto, de maneras muy diversas por la mayoría de la población mundial. En Europa, una frase a menudo escuchada expresa ese sentimiento: "Nuestros hijos tendrán una vida más difícil que la nuestra, y para nuestros nietos, será peor aún". Eso obliga a quienes tienen por objetivo la emancipación social, a empezar a contestar, estableciendo diálogos y colaboraciones múltiples, a los desafíos de este asalto, al mismo nivel en que el mismo se plantea. Frente a ese "sacudón" mundial es hora de (re)afirmar y de (re)pensar la perspectiva más radical que históricamente haya sido propuesta por la lucha de clases del proletariado, la del comunismo, para determinar las condiciones actuales de su necesidad y las posibilidades de su realización. (Reiteramos que si algunos prefieren el término "socialismo", no nos opondremos a ello)

Al exponer aquí el trabajo que tenemos por delante, no ignoramos los inmensos problemas teóricos y políticos que tal proyecto plantea. Todo el esfuerzo teórico y político de nuestros encuentros, seminarios y de nuestra página web, una vez que la hayamos abierto, será para tratar de formular esos problemas lo más claramente posible y definir, también con la mayor claridad, las condiciones de la solución.

Definir el concepto mismo de comunismo: un punto de partida

El primero de esos problemas, y no es el menor, es evidentemente el descrédito más o menos general en el cual ha caído el término mismo de "comunismo"

después de la desastrosa experiencia histórica del estalinismo y del balance de los Estados del llamado "socialismo real". En los medios, pero también en gran medida entre los intelectuales (o que pretenden serlo), el término "totalitarismo" es utilizado para desacreditar cualquier proyecto comunista. Por lo tanto, nuestro primer objetivo será de (re)definir claramente el concepto mismo de "comunismo" en sus diferentes aspectos y dimensiones.

Para iniciar el trabajo, como base mínima de acuerdo entre quienes toman esta iniciativa y sin prejuzgar el resultado de los trabajos posteriores que se harán entre nosotras y nosotros y con otras y otros, definiremos el comunismo como:

- 1- Una sociedad fundada en la socialización de los medios de producción, de distribución y de consumo, en la planificación democrática de la producción social, destinada a satisfacer la integridad de las necesidades sociales, así como en la autogestión de las unidades de producción en ese marco socializado, puntos estos de apoyo para un cambio profundo en la gestión de los recursos naturales mundiales y la puesta en práctica de medidas que protejan la reproducción de las condiciones de vida en el planeta;
- 2- una sociedad en la cual la administración de la potencia social (en el sentido de la capacidad de la sociedad a actuar sobre ella misma: a fijarse ella misma sus propias finalidades, sus propias reglas de organización y de funcionamiento y sus propias modalidades de control) toma, en los diferentes niveles de la organización social, la forma de órganos de deliberación y de decisión que asocian al conjunto de los miembros que las decisiones por tomar conciernen, y excluye toda monopolización de estas decisiones por parte de una minoría, por "iluminada" que ella sea. Eso supone terminar con un Estado que se erige por encima de la sociedad y su "absorción" en órganos de auto-institución democrática de la sociedad, pues son éstas las condiciones necesarias para su completa subordinación;
- 3- una sociedad, por tanto, liberada de las relaciones de opresión del capital y el Estado, con todos sus instrumentos; una sociedad en la cual se ha puesto término a la división en clases sociales, así como en gobernantes y gobernados; una sociedad en la cual la libre asociación de los individuos implica, por una parte, que estos controlen sus productos, que no son ya mercancías y, por otra parte, que la unión no forzada de los productores con las condiciones de producción ponga un fin al estatuto de productor-asalariado, al estatuto de la "esclavitud salarial";
- 4- una sociedad en la que el intercambio de actividades libres entre individuos sociales funda el libre desarrollo de cada uno, en todos los planos, el que adquiere el carácter de condición para el libre desarrollo de todos, y recíprocamente; una sociedad que pone fin a todo tipo de opresión, sobre todo aquella de la que, de manera ancestral, son víctimas las mujeres; una sociedad que organiza el reparto del tiempo de manera que se incremente el tiempo de no-trabajo más allá del tiempo necesario para responder a las diferentes necesidades;
- 5- una sociedad en la cual, por ende, la humanidad tiende a la reconciliación consigo misma, sabiendo que de su establecimiento nacerán nuevas contradicciones y nuevos conflictos, cuya resolución supondrá la creación de instancias e instituciones desregulación, propias y adaptadas a cada de la evolución de la sociedad.

Escribir la historia de la lucha por el comunismo y profundizar el balance de la misma

Definir nuevamente el comunismo, precisando cada uno de sus precedentes aspectos, sin dejar de lado los nuevos problemas que estos plantean, no puede alcanzar para luchar contra el desprestigio que hoy rodea a la referencia comunista. Debemos entonces volver sobre la Historia e incluso la Prehistoria del comunismo, de la larga lucha de las y los oprimidos (esclavos, siervos, campesinos y proletarios) para emanciparse y tratar de crear las condiciones de una comunidad humana libre de toda opresión. Para nosotros no se trata de sacar a luz las páginas gloriosas de esa Historia, hoy olvidada o desfigurada, los actos políticos o las obras ideológicas que los ilustraron, los movimientos, los grupos, las personas que fueron los actores eminentes. Hay, por encima de todo, que abrir las páginas oscuras, abocarnos a analizar las derrotas sangrientas que las pautaron, entre las cuales la que debe de ser la peor de todas, la que vio al movimiento de emancipación del proletariado volverse, de alguna manera, contra sí mismo, engendrando nuevos regímenes de opresión, nuevas estructuras de explotación y de dominación. Se trata, en fin, de tomar el hilo de los debates que han sacudido permanentemente al movimiento comunista hasta dividirlo en tendencias contrarias y agotarlo en luchas fratricidas.

Evidentemente, ese regreso a la Historia del movimiento comunista, a sus luces y sus sombras, a sus combates y sus debates, no se concibe desde una perspectiva puramente historiográfica, aunque deberá integrar, y deberá también recibir, el trabajo de los historiadores. Es en función de los problemas que se le plantean ahora al movimiento comunista, a los que deberá hacer frente aquí y ahora, que ese trabajo de reflexión puede y debe realizarse. Pues el eje central del trabajo por hacer deberá ser el siguiente: afirmar la actualidad y la necesidad de la perspectiva comunista.

Esa actualidad tiene que ser defendida en referencia a la amplitud y a la profundidad de las contradicciones actuales del capitalismo y a las crisis en las que esas contradicciones se afirman, pero también a las potencialidades de transformaciones sociales que éstas abren.

El comunismo como necesidad que surge de la crisis de la humanidad

El tercer eje de nuestro trabajo consiste en proceder al análisis metódico de esas contradicciones y de sus potencialidades, que se encuentran en el corazón de las transformaciones del capitalismo contemporáneo. En esa perspectiva, y por las razones que empezaron a ser expuestas líneas arriba, creemos que se debe prestar una atención particular a:

- La crisis ecológica planetaria, cuyo alcance es potencialmente catastrófico, que manifiesta el vampirismo del capital, la tendencia de éste a destruir sus propias condiciones naturales y sociales de valorización (la tierra y el trabajo). Vamos a documentar el grado planetario alcanzado por la contradicción entre la socialización de las fuerzas productivas, por un lado (de las cuales forman parte, bajo todas sus formas, las riquezas naturales, así como el conjunto de los conocimientos científicos) y, por otra parte, la apropiación privada de estas fuerzas bajo forma de capital, una contradicción que le da el carácter más actual que nunca a la perspectiva de acabar con ello. Vamos a examinar las formas actuales de la fusión entre ciencia y capital. Mostraremos cómo la apropiación del conjunto del trabajo social por el capital (incluidos los adelantos científicos y tecnológicos) es un obstáculo para los cambios

profundos que podrían hacerse a nivel de la organización de la producción industrial y agrícola, así como de la distribución. Sin una ruptura social, económica y política, las innovaciones técnicas, que se han vuelto urgentes como primera respuesta a la crisis ecológica, no podrán ser llevadas a cabo, como tampoco las que podrían hacerse a nivel de la organización del espacio, de la organización del trabajo, de la vivienda o del transporte;

- El agravamiento de la desigualdad de desarrollo entre los continentes, subcontinentes, naciones o regiones, en esta nueva fase del mundo-transformándose del capitalismo, es impulsada por el capital financiero y las empresas transnacionales. Éstas extienden considerablemente la escala social y espacial de la reproducción del capital. En uno de los polos se puede constatar un aumento de los rangos del proletariado mundial, como fracciones del ejército industrial de reserva, ocasionalmente empleadas, otras veces no. Miles de millones de individuos están condenados a la pobreza (que debe mirarse en relación directa con la sobreexplotación), a la miseria, a la marginalidad social, excluidos no solamente de los marcos habituales de la vida social, sino simplemente de la humanidad. En el otro polo, la riqueza continúa acumulándose y con ella el desvío con fines de reproducción de la dominación ("la seguridad", o sea la vigilancia social más opresiva, la guerra) de medios humanos y técnicos potencialmente capaces de liberar al hombre del yugo de la necesidad y de la arcaica necesidad de trabajar;
- la "mundialización" (en realidad, la transnacionalización) del capital y del capitalismo, en la medida en que tiende a abolir las antiguas divisiones políticas y culturales de la humanidad (su división en Estados-naciones y en áreas civilizatorias), no sin provocar crispaciones identitarias, sienta, al mismo tiempo, las bases de la constitución de la humanidad (del género humano) en comunidad política;
- la socialización cada vez más contradictoria de los individuos: su apertura creciente, cada vez más amplia y cada vez más precoz, hacia el mundo entero, que pone potencialmente a su disposición las culturas del mundo, tanto pasadas como presentes, haciendo así de ellas un producto de la humanidad entera tanto en su desarrollo actual como en su herencia histórica; una apertura que entra a la vez en contradicción con una expropiación no menos creciente de los individuos con respecto a sus condiciones materiales, institucionales y culturales de existencia, con tendencia a privarlos de toda facultad de construir una identidad estable, de comunicarse con los demás y de ocupar su puesto en la construcción del mundo y, sobre todo, a la contestación de su curso actual, privándolos así de una parte (mayor o menor) de la riqueza potencial mencionada. Socialización contradictoria que lleva a una radical pérdida de control del tiempo y del espacio por parte de la inmensa mayoría de la población del planeta, de tal proporción que induce un verdadero cambio antropológico que afecta al Hombre, a sus relaciones con la sociedad, a su capacidad de actuar sobre ella.

Auto-actividad y auto-emancipación

Pero la actualidad del comunismo debe también (algunos dirán incluso "sobre todo") comprenderse en referencia a los desafíos y a las potencialidades actuales de su principio dinámico: la auto-actividad del proletariado. Ésta es la palanca de las transformaciones, a la vez que la regla básica de la sociedad por construir. Seguramente, más que nunca, es importante proclamar que "la emancipación de los trabajadores será la obra de los propios trabajadores".

En primer lugar, según la experiencia histórica. Todos los modelos "socialistas" basados en la relación de sustitución y en el papel mesiánico de una elite iluminada, autoproclamada "vanguardia del proletariado" no lograron permitirle a este último su emancipación. En el mejor de los casos, lograron alivianar momentáneamente el peso de la opresión capitalista en uno u otro país, antes de conducir a nuevas formas de dominación y de opresión y, al cabo, al regreso al capitalismo. La emancipación no se otorga, se conquista.

Luego, según la experiencia actual. Cada vez es más diáfano que en la fase actual de la lucha de clases, las y los trabajadores y los otros sectores sociales explotados y oprimidos sólo pueden contar consigo mismos, no sólo para defenderse contra la ofensiva general lanzada contra ellos por el capital sino para tratar de garantizar las condiciones elementales de la reproducción social. Los países de América Latina, como Rusia, presentan ya un terreno de experiencias, aunque los mismos procesos se vienen desarrollando también en Asia y, parcialmente, en África. En los países capitalistas más antiguos, la auto-actividad es la única manera de defender las conquistas anteriores dada la transformación integral en engranajes del sistema capitalista de lo que queda de los aparatos sindicales y políticos del anterior movimiento obrero (la socialdemocracia y los diferentes subproductos del comunismo, bautizado en su momento "eurocomunismo"). Estos rivalizan hoy de ingeniosidad para hacer que los trabajadores y los dominados acepten la agravación de sus condiciones.

Reafirmar la auto-actividad del proletariado como principio activo del comunismo implica evidentemente ser claros en este punto, como en los otros, sin descuidar los problemas teóricos y políticos que esta referencia plantea. Nuestro objetivo no es transformarla en una utopía generosa pero abstracta, aislada de sus condiciones de realización, así como tampoco en una profecía para un hipotético mañana. Eso significa, antes que nada, ponerse a resguardo de todo espontaneísmo. La auto-actividad del proletariado es para nosotros un resultado de la relación de fuerzas en la lucha de clases, el resultado siempre frágil y por ende reversible de una lucha en la cual el proletariado no se enfrenta solamente a sus enemigos de clase sino también a sí mismo. La auto-actividad supone unas formas de organización capaces de hacer frente a esos desafíos, entre los cuales las fuerzas políticas organizadas. Pues los trabajadores están marcados por la dominación de clases que deben soportar y, por consiguiente, por la traducción política organizada de esta dominación en sus propios rangos, pero también por la interiorización de las relaciones de dominación. En ese sentido, el desarrollo de la auto-actividad del proletariado supone la ruptura, por lo menos parcial, de los comportamientos, actitudes, valores e ideas inducidas día tras día por las diferentes facetas de esta dominación.

Pensamos que la auto-actividad de las y los trabajadores es el "hilo conductor" de una acción capaz de deshilar el ovillo de las contradicciones y de las dificultades contra las que lucha hoy la clase trabajadora del mundo entero. Las manifestaciones de esta auto-actividad pueden observarse allí donde se juegan sus condiciones de existencia, en el trabajo o fuera de él, en las resistencias, incluso en las más modestas, que los trabajadores y los explotados oponen a la dominación y a la explotación por parte del capital. Vamos a prestar una particular atención a la manera en la que, en esas resistencias y en esas luchas (a menudo poco espectaculares), emerge la conciencia de la necesidad y de la posibilidad de una reapropiación colectiva de los medios sociales de producción y de consumo, de nuevas reglas para vivir en común.

En esta perspectiva, y para anclar la referencia a la auto-actividad del proletariado en su experiencia inmediata, tratamos de comprender en qué medida ésta es, a la vez, deshecha y estimulada en permanencia por las agresiones del capital. A título de ejemplo, vemos como el cierre de empresas y los despidos masivos provocan reacciones de reapropiación de "la herramienta de trabajo"; como las

privatizaciones llevan contradictoriamente a la emergencia de una nueva concepción del servicio público por parte de las y los trabajadores y las y los usuarios; como las condiciones impuestas a las y los trabajadores inmigrantes y a sus familias, así como la represión de la que son objeto, provocan en la base movimientos a favor de los derechos de los trabajadores inmigrantes y de la comprensión recíproca de las culturas; como la persistencia, y la agravación de las hambrunas van acompañadas de nuevos reclamos de reforma agraria bien concebidas; como el control creciente del capital sobre los recursos naturales suscita, como en Ecuador y Bolivia, resistencias, cuyo fundamento es la autoorganización y el objetivo semiconciente es la la auto-emancipación; como la percepción cada vez más clara de la opresión de las mujeres y de su doble explotación ve nacer y desarrollarse movimientos de emancipación; como las posibilidades abiertas por Internet ponen sobre la mesa, de manera inmediata, el problema de la gratuidad del acceso a los bienes culturales.

Vamos a convocar pues a sociólogos, historiadores, antropólogos, y también utilizaremos todos los testimonios y análisis de militantes para que den cuenta de la presencia de esta dimensión de auto-actividad en la praxis cotidiana e histórica del proletariado y en la perspectiva que ésta abre de la realización del comunismo. Haremos todo lo posible para incorporar a nuestras discusiones a aquellos cuyos análisis y búsquedas utilizamos.

De lo dicho, resulta que la auto-actividad, y más aún la auto-emancipación del proletariado deben ser entendidas como una construcción a largo término, según un proceso en el que habrá avances y retrocesos. En esta perspectiva, vamos a volver a debatir sobre las mediaciones que deben formar parte de este proceso.

Mediaciones programáticas, que permitan establecer un puente entre las reivindicaciones que emergen de las luchas actuales del proletariado por un lado y, por el otro, la perspectiva de una sociedad comunista. **Mediaciones organizativas**, que permitan desarrollar los embriones de auto-actividad comprendidos en las prácticas y en las luchas actuales, para llevarlos hasta el nivel de ruptura revolucionaria que hace posible la auto-emancipación. Pero, una vez más, nuestro objetivo no es el de organizar esos debates de manera puramente teórica, o sólo en referencia a las experiencias históricas pasadas, sino teniendo en cuenta las situaciones en las que se encuentra directamente implicado el proletariado hoy.

La necesidad de convergencias y de debates con el comunismo como tema central

Finalmente, queda claro que nuestro deseo es el de lograr que se asocien al trabajo que iniciamos, todas y todos aquellos, cualquiera que sea su trayectoria política anterior, que se reconocen en la referencia al comunismo y que perciben que su apropiación, o reapropiación, a través de una puesta al día, se ha transformado en una necesidad política inevitable.

Esta apertura se basa sobre todo en la convicción de que con la crisis sin precedentes en la que ha sido sumido el movimiento obrero por la transnacionalización del capital, la ola de políticas neoliberales, el fin del "compromiso fordista" y la incorporación vergonzosa de las socialdemocracias y de los eurocomunistas al paradigma neoliberal, el derrumbe político del "socialismo de Estado", luego de su derrumbe ideológico, **hemos entrado en una nueva fase histórica de la lucha de clases**. Ello hace posible, y también necesario, un cuestionamiento de las divisiones y de las divergencias heredadas de las fases anteriores del movimiento obrero. Por la simple razón de que la nueva fase vuelve caducos (aunque de manera diferencial y desigual) **todos** los modelos de

transformación social elaborados precedentemente en el seno o bien en las cercanías de este movimiento. Al poner de manifiesto la insuficiencia de estos modelos, relativiza también su oposición.

De esta manera, se vuelven posibles convergencias y cooperaciones antes improbables, e incluso imposibles, entre individuos, grupos, organizaciones, tendencias surgidas de tradiciones del movimiento obrero que se habían ignorado hasta el día de hoy, en el mejor de los casos, cuando no combatido severamente. Con la condición, evidentemente, de que estos últimos constaten la caducidad (por lo menos parcial) de sus modelos anteriores y de que acepten al mismo tiempo, establecer una relación crítica con su propia tradición.